

SRA. SMITH (*se arrodilla, sollozando, o no lo hace*). — Se lo suplico.

EL BOMBERO. — Sea.

SR. SMITH (*al oído de la señora MARTIN*). — ¡Aceptal. Va a seguir fastidiándonos.

SRA. MARTIN. — ¡Bah!

SRA. SMITH. — Mala suerte. He sido demasiado cortés.

EL BOMBERO. — “El resfriado”: Mi cuñado tenía, por el lado paterno, un primo carnal uno de cuyos tíos maternos tenía un suegro cuyo abuelo paterno se había casado en segundas nupcias con un joven indígena cuyo hermano había conocido, en uno de sus viajes, a una muchacha de la que se enamoró y con la cual tuvo un hijo que se casó con una farmacéutica intrépida que no era otra que la sobrina de un contraamaestre desconocido de la marina británica y cuyo padre adoptivo tenía una tía que hablaba corrientemente el español y que era, quizás, una de las nietas de un ingeniero, muerto joven, nieto a su vez de un propietario de viñedos de los que obtenían un vino mediocre, pero que tenía un resobrino, casero y ayudante, cuyo hijo se había casado con una joven muy linda, divorciada, cuyo primer marido era hijo de un patriota sincero que había sabido educar en el deseo de hacer fortuna a una de sus hijas, la que pudo casarse con un cazador que había conocido a Rothschild y cuyo hermano, después de haber cambiado muchas veces de oficio, se casó y tuvo una hija, cuyo bisabuelo, mezquino, llevaba anteojos que le había regalado un primo suyo, cuñado de un portugués, hijo natural de un molinero, no demasiado pobre, cuyo hermano de leche tomó por esposa a la hija de un ex médico rural, hermano de leche del hijo de un lechero, hijo natural de otro médico rural casado tres veces seguidas, cuya tercera mujer...

SR. MARTIN. — Conocí a esa tercera mujer, si no me engaño. Comía pollo en un avispero.

EL BOMBERO. — No era la misma.

SRA. SMITH. — ¡Chitón!

EL BOMBERO. — Continúo: cuya tercera mujer era hija de la mejor comadrona de la región y que, habiendo enviudado temprano...

SR. SMITH. — Como mi esposa.

EL BOMBERO. — ...se volvió a casar con un vidriero, lleno de

vivacidad, que había hecho, a la hija de un jefe de estación, un hijo que supo abrirse camino en la vida...

SRA. SMITH. — Su camino de hierro, su ferrocarril...

SR. MARTIN. — Como en los mapas.

EL BOMBERO. — Y se casó con una vendedora de hortalizas frescas cuyo padre tenía un hermano que se había casado con una institutriz rubia cuyo primo, pescador con caña...

SR. MARTIN. — ¿Con caña rota?

EL BOMBERO. — ...se había casado con otra institutriz rubia llamada también María, cuyo padre estaba casado con otra María, asimismo institutriz rubia...

SR. SMITH. — Siendo rubia, no puede ser sino María.

EL BOMBERO. — ...y cuyo padre fue criado en el Canadá por una anciana que era sobrina de un cura cuya abuela atrapaba a veces, en invierno, como todo el mundo, un resfrío.

SR. SMITH. — La anécdota es curiosa, casi increíble.

SR. MARTIN. — Cuando uno se resfría hay que ponerse condecoraciones.

SR. SMITH. — Es una precaución inútil, pero absolutamente necesaria.

SRA. MARTIN. — Discúlpeme, señor capitán, pero no he comprendido bien su relato. Al final, cuando se llega a la abuela del sacerdote, uno se enreda.

SR. SMITH. — Siempre se enreda entre las zarpas del sacerdote.

SRA. SMITH. — ¡Oh, sí, capitán, vuelva a empezar! Todos se lo piden.

EL BOMBERO. — ¡Ah!, no sé si voy a poder. Estoy en misión de servicio. Depende de la hora que sea.

SRA. SMITH. — En nuestra casa no tenemos hora.

EL BOMBERO. — ¿Y el reloj?

SR. SMITH. — Anda mal. Tiene el espíritu de contradicción. Indica siempre la contraria de la hora que es.

## ESCENA IX

### Los mismos y MARY

MARY. — Señora ... señor ...

SRA. SMITH. — ¿Qué desea?

- SR. SMITH. — ¿Qué viene a hacer aquí?  
 MARY. — Que la señora y el señor me disculpen... y también estas señoras y señores... Yo desearía... yo desearía... contarles también una anécdota.  
 SRA. MARTIN. — ¿Qué dice esa mujer?  
 SR. MARTIN. — Creo que la criada de nuestros amigos se ha vuelto loca. Quiere relatar también una anécdota.  
 EL BOMBERO. — ¿Por quién se toma? (La mira.) ¡Oh!  
 SRA. SMITH. — ¿Quién la mete en lo que no le importa?  
 SR. SMITH. — Este no es verdaderamente su lugar, Mary.  
 EL BOMBERO. — ¡Oh, es ella! No es posible.  
 SR. SMITH. — ¿Y usted?  
 MARY. — ¡No es posible! ¿Aquí?  
 SRA. SMITH. — ¿Qué quiere decir todo eso?  
 SR. SMITH. — ¿Son ustedes amigos?  
 EL BOMBERO. — ¡Vaya si lo somos!  
 MARY se arroja al cuello del BOMBERO.  
 MARY. — ¡Me alegro de volverlo a ver... por fin!  
 SR. y SRA. SMITH. — ¡Oh!  
 SR. SMITH. — Esto es demasiado fuerte aquí, en nuestra casa, en los suburbios de Londres.  
 SRA. SMITH. — ¡No es decoroso!  
 EL BOMBERO. — Es ella quien extinguió mis primeros fuegos.  
 MARY. — Yo soy su chorrillo de agua.  
 SR. MARTIN. — Si es así... queridos amigos... esos sentimientos son explicables, humanos, respetables...  
 SRA. MARTIN. — Todo lo humano es respetable.  
 SRA. SMITH. — De todos modos no me gusta verla aquí, entre nosotros...  
 SR. SMITH. — No tiene la educación necesaria...  
 EL BOMBERO. — Tienen ustedes demasiados prejuicios.  
 SRA. MARTIN. — Yo creo que una criada, en resumidas cuentas, y aunque ello no me incumbe, es siempre una criada.  
 SR. MARTIN. — Aunque a veces pueda actuar como un detective bastante bueno.  
 EL BOMBERO. — Suéltame.  
 MARY. — No te preocupes. No son tan malos como parecen.  
 SR. SMITH. — Hum... hum... Son conmovedores ustedes dos, pero también un poco... un poco...  
 SR. MARTIN. — Sí, ésa es la palabra.  
 SR. SMITH. — ... un poco excesivamente llamativos.

- SR. MARTIN. — Hay un pudor británico, y discúlpeme que una vez más precise mi pensamiento, que no comprenden los extranjeros, ni siquiera los especialistas, y gracias al cual, para expresarme así... en fin, no lo digo por ustedes...  
 MARY. — Yo desearía referirles...  
 SR. SMITH. — No refiera nada...  
 MARY. — ¡Oh, sí!  
 SRA. SMITH. — Vaya, mi pequeña Mary, vaya donosamente a la cocina a leer sus poemas ante el espejo...  
 SR. MARTIN. — ¡Toma! Sin ser criada, yo también leo poemas ante el espejo.  
 SRA. MARTIN. — Esta mañana, cuando te miraste en el espejo, no te viste.  
 SR. MARTIN. — Es porque todavía no estaba allí.  
 MARY. — De todos modos, quizá podría recitarles un poemita.  
 SRA. SMITH. — Mi pequeña Mary, es usted espantosamente obstinada.  
 MARY. — ¿Convenimos, entonces, en que les voy a recitar un poema? Es un poema que se titula "El fuego", en honor del capitán.

## EL FUEGO

Los policandros brillaban en el bosque  
 Una piedra se incendió  
 El castillo se incendió  
 El bosque se incendió  
 Los hombres se incendiaron  
 Las mujeres se incendiaron  
 Los pájaros se incendiaron  
 Los peces se incendiaron  
 El agua se incendió  
 El cielo se incendió  
 La ceniza se incendió  
 El humo se incendió  
 El fuego se incendió

Todo se incendió  
Se incendió, se incendió.

*Recita el poema mientras los SMITH la empujan fuera de la habitación.*

ESCENA X

*Los mismos, menos MARY*

SRA. MARTIN. — Eso me ha dado frío en la espalda.

SR. MARTIN. — Sin embargo, hay cierto calor en esos versos.

EL BOMBERO. — A mí me ha parecido maravilloso.

SRA. SMITH. — Sin embargo...

SR. SMITH. — Usted exagera...

EL BOMBERO. — Es cierto... todo eso es muy subjetivo...

pero así es como concibo el mundo. Mi sueño, mi ideal...

Además, eso me recuerda que debo irme. Puesto que ustedes no tienen hora, yo, dentro de tres cuartos de hora y

dieciséis minutos exactamente tengo un incendio en el otro

extremo de la ciudad. Tengo que apresurarme, aunque no

tenga mucha importancia.

SRA. SMITH. — ¿De qué se trata? ¿De un fueguito de chimenea?

EL BOMBERO. — Ni siquiera eso. Una fogata de virtutas y un pequeño ardor de estómago.

SR. SMITH. — Entonces, lamentamos que se vaya.

SRA. SMITH. — Ha estado usted muy divertido.

SRA. MARTIN. — Gracias a usted hemos pasado un verdadero cuarto de hora cartesiano.

EL BOMBERO (*se dirige hacia la salida y luego se detiene*). —

A propósito, ¿y la cantante calva?

*Silencio general, incomodidad.*

SRA. SMITH. — Sigue peinándose de la misma manera.

EL BOMBERO. — ¡Ahl Adiós, señores y señoras.

SR. MARTIN. — ¡Buena suerte y buen fuego!

EL BOMBERO. — Esperémoslo. Para todos.

EL BOMBERO *se va. Todos lo acompañan hasta la puerta y vuelven a sus asientos.*

ESCENA XI

*Los mismos, menos EL BOMBERO*

SRA. MARTIN. — Puedo comprar un cuchillo de bolsillo para mi hermano, pero ustedes no pueden comprar Irlanda para su abuelo.

SR. SMITH. — Se camina con los pies, pero se calienta mediante la electricidad o el carbón.

SR. MARTIN. — El que compra hoy un buéy tendrá mañana un huevo.

SRA. SMITH. — En la vida hay que mirar por la ventana.

SRA. MARTIN. — Se puede sentar en la silla, mientras que la silla no puede hacerlo.

SR. SMITH. — Siempre hay que pensar en todo.

SR. MARTIN. — El techo está arriba y el piso está abajo...

SRA. SMITH. — Cuando digo que sí es una manera de hablar.

SRA. MARTIN. — A cada uno su destino.

SR. SMITH. — Tomen un círculo, acarícielo, y se hará un círculo vicioso.

SRA. SMITH. — El maestro de escuela enseña a leer a los niños, pero la gata amamanta a sus crías cuando son pequeñas.

SRA. MARTIN. — En tanto que la vaca nos da sus rabos.

SR. SMITH. — Cuando estoy en el campo me agradan la soleadad y la calma.

SR. MARTIN. — Todavía no es usted bastante viejo para eso.

SRA. SMITH. — Benjamín Franklin tenía razón: usted es menos tranquilo que él.

SRA. MARTIN. — ¿Cuáles son los siete días de la semana?

SR. SMITH. — Monday, Tuesday, Wednesday, Thursday, Friday, Saturday, Sunday.

SR. MARTIN. — Edward es empleado de oficina, su hermana Nancy, mecanógrafa, y su hermano William, ayudante de tienda.

SRA. SMITH. — ¡Qué familia divertida!

SRA. MARTIN. — Prefiero un pájaro en el campo a un calcetín en una carretilla.

SR. SMITH. — Es preferible un bife en una cabaña que leche en un palacio.

SR. MARTIN. — La casa de un inglés es su verdadero palacio.

- SRA. SMITH. — No sé hablar en español lo bastante bien como para hacerme comprender.
- SRA. MARTIN. — Te daré las zapatillas de mi suegra si me das el ataúd de tu marido.
- SR. SMITH. — Busco un sacerdote monofisita para casarlo con nuestra criada.
- SR. MARTIN. — El pan es un árbol, en tanto que el pan es también un árbol, y de la encina nace la encina, todas las mañanas, al alba.
- SRA. SMITH. — Mi tío vive en el campo, pero eso no le atañe a la comadrona.
- SR. MARTIN. — El papel es para escribir, el gato para la rata, y el queso para echarle la zarpa.
- SRA. SMITH. — El automóvil corre mucho, pero la cocinera prepara mejor los platos.
- SR. SMITH. — No sean pavos y abracen al conspirador.
- SR. MARTIN. — Charity begins at home.
- SRA. SMITH. — Espero que el acueducto venga a verme en mi molino.
- SR. MARTIN. — Se puede demostrar que el progreso social está mucho mejor con azúcar.
- SR. SMITH. — ¡Abajo el betún!
- Después de la última réplica del Sr. SMITH los otros callan durante un instante, estupefactos. Se advierte que hay cierta nerviosidad. Los sones del reloj son más nerviosos también. Las réplicas que siguen deben ser dichas al principio en un tono glacial, hostil. La hostilidad y la nerviosidad irán aumentando. Al final de esta escena los cuatro personajes deberán hallarse en pie, muy cerca los unos de los otros, gritando sus réplicas, levantando los puños, dispuestos a lanzarse los unos contra los otros.*
- SR. MARTIN. — No se hace que brillen los anteojos con betún negro.
- SRA. SMITH. — Sí, pero con dinero se puede comprar todo lo que se quiere.
- SR. MARTIN. — Prefiero matar un conejo que cantar en el jardín.
- SR. SMITH. — Cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas, cacatúas.
- SRA. SMITH. — ¡Qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué ca-

- gada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada, qué cagada!
- SR. MARTIN. — ¡Qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas, qué cascada de cagadas!
- SR. SMITH. — Los perros tienen pulgas, los perros tienen pulgas.
- SRA. MARTIN. — ¡Cacto, coxis! ¡Coco! ¡Cochino!
- SRA. SMITH. — Embarrilador, nos embarrilas.
- SR. MARTIN. — Prefiero poner un huevo que robar un buey.
- SRA. MARTIN. *(abriendo la boca de par en par)*. — ¡Ah! ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh! ¡Dejen que rechine los dientes!
- SR. SMITH. — ¡Caimán!
- SR. MARTIN. — Vamos a abofetear a Ulises.
- SR. SMITH. — Yo voy a vivir en mi casa entre mis cacahuatales.
- SRA. MARTIN. — Los cacaos de los cacahuatales no dan cacahuetes, sino cacao. Los cacaos de los cacahuatales no dan cacahuetes, sino cacao. Los cacaos de los cacahuatales no dan cacahuetes, sino cacao.
- SRA. SMITH. — Los ratones tienen cejas, las cejas no tienen ratones.
- SRA. MARTIN. — ¡Toca mi toca!
- SR. MARTIN. — ¡Tu toca de loca!
- SR. SMITH. — La toca en la boca, la boca en la toca.
- SRA. MARTIN. — Disloca la boca.
- SRA. SMITH. — Emboca la toca.
- SR. MARTIN. — Emboca la toca y disloca la boca.
- SR. SMITH. — Si se la toca se la disloca.
- SRA. MARTIN. — ¡Usted está loca!
- SRA. SMITH. — ¡Y usted me provoca!
- SR. MARTIN. — ¡Sully!
- SR. SMITH. — ¡Prudhomme!
- SRA. MARTIN, SR. SMITH. — ¡François!
- SRA. SMITH, SR. MARTIN. — ¡Coppée!
- SRA. MARTIN, SR. SMITH. — ¡Copée Sully!
- SRA. SMITH, SR. MARTIN. — ¡Prudhomme François!
- SRA. MARTIN. — ¡Pedazos de pavos, pedazos de pavos!
- SR. MARTIN. — ¡Rosita, culo de marmita!
- SRA. SMITH. — ¡Khrisnamurti, Khrisnamurti, Khrisnamurti!
- SR. SMITH. — ¡El Papa se empapa! El Papa no come papa. La papa del Papa.

Eugène Ionesco

SRA. MARTIN. — ¡Bazar, Balzac, Bazaine!  
SR. MARTIN. — ¡Paso, peso, pisol!  
SR. SMITH. — ¡A, e, i, o, u, a, e, i, o, u, a, e, i, o, u, il  
SRA. MARTIN. — ¡B, c, d, f, g, l, m, n, p, r, s, t, v, w, x, z!  
SR. MARTIN. — ¡Del ojo al ajo, del ajo al hijol  
SRA. SMITH (imitando al tren). — ¡Teuf, teuf, teuf, teuf, teuf,  
teuf, teuf, teuf, teuf!  
SR. SMITH. — ¡Es!  
SRA. MARTIN. — ¡Nol  
SR. MARTIN. — ¡Por!  
SRA. SMITH. — ¡Allá!  
SR. SMITH. — ¡Es!  
SRA. MARTIN. — ¡Por!  
SR. MARTIN. — ¡Al  
SRA. SMITH. — ¡Quí!

*Todos juntos, en el colmo del furor, se gritan los unos a los oídos de los otros. La luz se ha apagado. En la oscuridad se oye, con un ritmo cada vez más rápido:*

TODOS JUNTOS. — ¡Por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí, por allá, por aquí!

*Las palabras dejan de oírse bruscamente. Se encienden las luces. El señor y la señora MARTIN están sentados como los SMITH al comienzo de la obra. Esta vuelve a empezar esta vez con los MARTIN, que dicen exactamente lo mismo que los SMITH en la primera escena, mientras se cierra lentamente el telón.*

TELÓN

<sup>8</sup> En la representación se suprimieron o intercambiaron algunas réplicas de esta última escena. Por otra parte, la repetición final —si se la puede llamar así— estaba siempre a cargo de los Smith, pues al autor no se le ocurrió sustituir a los Smith por los Martin hasta la centésima representación.

## Guilherme Figueiredo LA ZORRA Y LAS UVAS

"La zorra y las uvas" fue estrenada por la Companhia Dramática Nacional Brasileira en la temporada de 1953 con Sérgio Cardoso en el papel de Esopo. Se estrenó el 18 de abril de 1956, por el Teatro Popular Casacuberta, en su primer temporada, en ESTRELOS DO LITORAL, en la ciudad de Buenos Aires.

La zorra y las uvas. Estrémosse no teatro de Casacuberta em 1956, no papel de Esopo, Sérgio Cardoso. Foi o primeiro espetáculo da Companhia Dramática Nacional Brasileira em sua primeira temporada, em ESTRELOS DO LITORAL, na cidade de Buenos Aires.

REPARTO POR ORDEN DE APARIÇÃO

Y CLARA (zorra) JOÃO RICCI (Esopo)  
MIGUEL SEGÓVIA (Esopo)  
JOSÉ VASCARO (Esopo)  
ANGEL VICO (Esopo)  
MELIA (zorra)

Dirección general: José Gallo y Eucenio Filipezzi  
Escenografía y vestuario: ANTONIO VASCARO  
Iluminación: JOSÉ VASCARO  
Música: JACQUES SOARES  
Luminotécnica: ANGEL VICO  
Riñeron? (Melía, zorra)  
Estaba en la plaza.